

nizaciones o ignorante de las reivindicaciones del resto de las masas que no forman parte de sus afiliados. El retraso con que las organizaciones sindicales han asumido reivindicaciones como el subsidio al desempleo y las referidas a vivienda, salud y educación, son indicativas de esto.

En esas condiciones estas masas, aynas de representación gremial, dispersas y atomizadas en sus relaciones sociales y de trabajo, no tienen otra alternativa para obtener sus condiciones de subsistencia que la movilización directa, contando con sus propias fuerzas, su capacidad de organización, echando mano a lo único que les ofrece una base colectiva de unidad y organización: el ámbito territorial que ocupan o desean ocupar: el barrio.

Como casi todo movimiento social, estos movimientos reivindicativos toman la designación de su ámbito: movimientos barriales, de pobladores, de vecinos, de ciudadanos, etc. De la misma forma que otros movimientos, toman la denominación del contorno donde se mueven: campesino, obrero, estudiantil, feminista, ecológico, etc. Estos movimientos levantan además banderas diferentes a los elementos "urbanos" en su reivindicación: las reformas políticas, el control de precios, etc.

Sabemos que los únicos movimientos reivindicativos que existen en nuestras ciudades no son los de los sectores más pobres; se han desarrollado, sobre todo en la última década, movimientos vecinales de sectores medios e, incluso, de sectores de más altos ingresos.

Las raíces de esos movimientos las encontramos en los siguientes elementos:

- 1) El impacto del modelo de acumulación sobre las condiciones de vida de los sectores medios, que se ha expresado en una creciente proletarianización de muchas de sus capas, de un acceso cada vez más restringido a los niveles de consumo que la renta petrolera creciente y estable les permitió, de su exclusión creciente del mercado inmobiliario, bien en cuanto acceso, bien en cuanto a la cantidad y calidad del espacio que pueden adquirir.
- 2) El impacto de la urbanización salvaje sobre las condiciones de confort a la que estaban acostumbrados los sectores de ingresos medios y altos: densificación de las ciudades, contaminación, problemas de transporte, cobertura y eficiencia de los servicios. Impacto, a fin de cuentas, de la lógica de operación del mercado inmobiliario y de la indivisibilidad de la trama urbana.

3) Ausencia casi absoluta de organizaciones que pudieran expresar esas insatisfacciones y reivindicaciones que tomaban cuerpo en los sectores medios. También aquí, las organizaciones gremiales que agrupan a los sectores medios profesionales, además de su cobertura limitada en casi todos los actos, no expresan este otro tipo de intereses y reivindicaciones que tienen que ver con las condiciones del hábitat de estos sectores.

No teniendo cómo expresar estas reivindicaciones, ellas van empujando a la organización en los sitios donde la gente las vive —en las urbanizaciones—, concretándose principal, aunque no exclusivamente, a través de las Asociaciones de Vecinos.

### CLAVES DE LA COYUNTURA

Habíamos dicho que no hay que analizar estos movimientos reivindicativos sólo desde la perspectiva de la coyuntura; pero ésta por supuesto actúa sobre las formas y la intensidad de la lucha social.

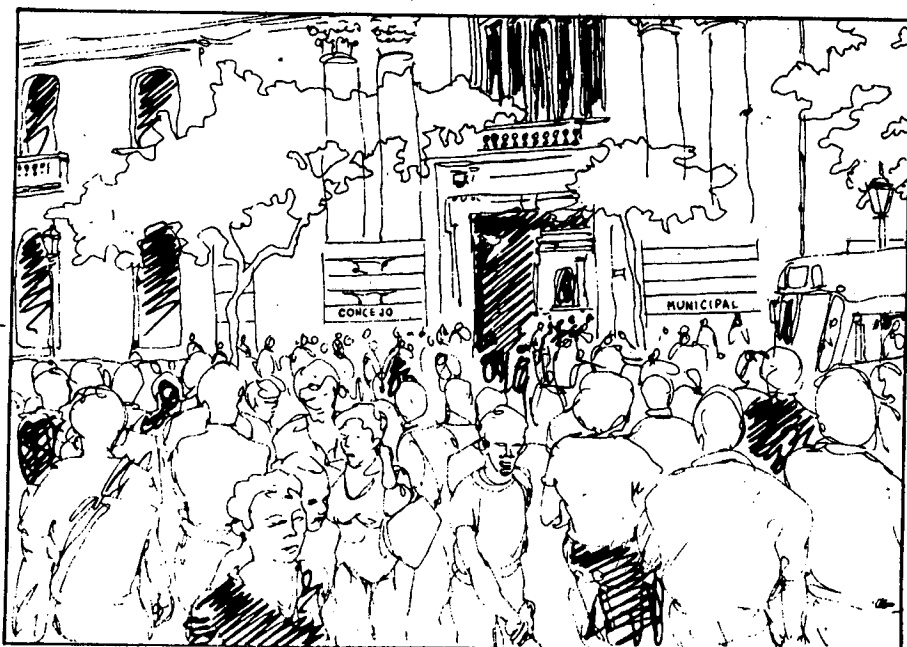
La coyuntura actual, extendiendo ésta a las transformaciones del país en los últimos diez años, ha tenido un efecto catalizador sobre las luchas sociales.

En particular, las políticas de austeridad, ahora formuladas como programa oficial, pero que vienen operando desde inicios de los años 80, han afectado en primer lugar a los sectores populares y cada vez con más intensidad a los sectores medios. El crecimiento alarmante de los sectores en situación de pobreza crítica no es sino la expresión del costo de la crisis car-

gada sobre los sectores de más bajos ingresos. La reorientación de la política económica hacia el mercado externo, golpea igualmente a los sectores medios que dejan de cumplir el papel clave de mercado para bienes básicos y suntuarios. Su capacidad de consumo, como para la mayoría de la población, se ve contraída intensamente por la inflación, el alza de los intereses y el efecto sobre la economía de la devaluación de la moneda.

El cambio radical de la situación económica del país, la reducción del gasto social del Estado, y la demanda creciente por mayores canales de participación en las decisiones, han producido un cortocircuito en la relación del Estado y las clases dominantes con la sociedad civil. El sistema político se ve presionado a cambiar el tinglado de pactos que lo hacían funcionar hasta mediados de los ochenta (2). El Estado pierde fuerza como gran articulador de demandas contradictorias de los distintos actores sociales. Los partidos ejes del sistema, que venían funcionando como los principales mediadores entre la sociedad civil y el Estado, han venido sufriendo un proceso de deterioro de su legitimidad. Paralelamente, la sociedad civil se ha ampliado y complejizado, y han aparecido en ella organizaciones que buscan desarrollarse sin la tutela partidista. El movimiento sindical, por su parte, ha logrado ocupar un papel más relevante en la política nacional, buscando mayores márgenes de autonomía frente al Estado y al partido hegemónico en él, aun cuando es un proceso todavía en desarrollo cargado de contradicciones y vaivenes.

En la coyuntura más inmediata, el pa-



Is ha vivido sometido a un proceso inflacionario incesante, aunque represado a ratos, al menos hasta la implementación de las medidas del paquete económico actual, y a una crisis de desabastecimiento que no es reciente. Y vive el impacto de la aplicación de un ajuste económico muy severo en medio de un ambiente político cargado con viejos y nuevos escándalos de corrupción, cuya denuncia tiene hoy en día una característica distintiva: la gente relaciona directamente el robo de los dineros públicos y las prebendas obtenidas por los grupos empresariales con la restricción del gasto social y con el alza de los productos de la cesta básica.

No es de extrañar, entonces, que se venga sucediendo, no de ahora sino desde hace años, una catalización de organización y lucha más intensa en todos los sectores sociales. Se habla del 27 de febrero, pero se olvidan infinidad de pequeñas y grandes luchas que se fueron presentando en el país: luchas reivindicativas de diferente índole (levantamientos populares en diferentes poblaciones, como Río Caribe, Cabimas, Las Tejerías, Mérida, etc.); huelgas del magisterio, de los profesores universitarios, de los trabajadores portuarios, de los trabajadores de IPOSTEL, de los trabajadores de la Salud, etc.; crecimiento de la presión por las reformas políticas, como las hubo para lograr en el pasado la reforma del Código Civil en lo referente a los derechos de la mujer.

La ruptura de la cultura de la quietud, el fin de la ilusión de armonía ha sido un proceso lento, pero persistente. Estalla ahora con más fuerza porque las agresiones a las condiciones de vida y de trabajo son más generalizadas y más traumáticas, pero son la expresión de un proceso que venía madurando durante años. Pero no hay que perder de vista que la lucha popular sigue siendo predominantemente defensiva y con una red organizativa todavía débil y centrada en lo local, cuyo desarrollo todavía está en ciernes. Esta constatación es importante para no pretender violentar procesos que requieren madurar. El voluntarismo de pretender asignarle tareas para las cuales no está preparada, podría significar abortar un proceso que puede seguir avanzando y produciendo resultados cada vez mayores. Es necesario respetar su proceso de desarrollo, catalizándolo pero no violentándolo artificialmente.

## MOVIMIENTOS SOCIALES Y PARTIDOS POLITICOS

El movimiento popular se ha venido desarrollando en los últimos años con una orientación que puede ser muy fecunda. Frente a movimientos organizados marcados no sólo por la partidización sino por la manipulación partidista, se han venido abriendo camino movimientos independientes del Estado y de los partidos políticos. Este hecho ha dado a las luchas populares una autonomía que necesitaba para desarrollarse. Aún éste es un proceso que está en ciernes.

La gran fecundidad de este resurgir del movimiento reivindicativo es el haber partido de las necesidades más sentidas: necesidades siempre presentes y necesidades nuevas. El mismo requerimiento de organización no ha sido impuesto desde fuera. Este proceso no sólo es importante en lo que se ha dado en llamar los "nuevos movimientos sociales": grupos feministas, ecológicos, cristianos de base, etc. Es también importante en los "viejos" movimientos sociales: obreros, estudiantiles, etc. Hay una dinámica nueva que se manifiesta en la incorporación de nuevos actores, de nuevos estilos, en demandas y formas de trabajo novedosas. Es algo que se manifiesta con fuerza en el movimiento vecinal, surgido desde hace muchas décadas en los barrios populares, ahora extendidos a otras áreas de las ciudades y a otros sectores sociales. En todos estos movimientos se están operando importantes transformaciones con diferentes intensidades, según las posibilidades y la fuerza de sus protagonistas en cada escenario.

Pero éste no es el único escenario donde se manifiesta la lucha por la vigencia y ampliación de los derechos democráticos. El divorcio que se ha vivido entre la práctica de los partidos políticos y las necesidades y aspiraciones cotidianas de la población, puede conducir a la falsa percepción de que en los movimientos sociales se gesta el principio y el fin de todas las posibilidades de hacer avanzar la ampliación de la democracia. Esta es una visión que se deja atrapar por el estado actual de desarrollo de los movimientos sociales.

La lucha de los movimientos sociales viejos y nuevos reivindica un terreno de lucha sin el cual no puede haber base social ni para reformas y conquistas de reivindicaciones inmediatas, ni para proyectos de transformación social de mayor aliento. Pero ese terreno en el cual se despliegan esas luchas no es suficiente para convertir las demandas de determinados núcle-

os en demandas del conjunto, ni en demandas nacionales que trasciendan la esfera de lo local y lo sectorial.

El desarrollo de los movimientos sociales impondrá más tarde o más temprano la necesidad de coordinación entre quienes se mueven en organizaciones análogas, como de hecho ya ha sucedido frente a ciertos temas; pero igualmente tendrá que encontrarse el camino para articular los movimientos sociales con aquellos partidos políticos que tienen su razón de ser en la defensa y ampliación de los derechos de las mayorías nacionales.

## NUEVOS RETOS

Este proceso implica la transformación tanto en los movimientos sociales como en los partidos políticos.

Los movimientos sociales tendrán que desarrollarse de tal manera que puedan percibir los problemas que van más allá de su ámbito de intervención inmediata, sin abandonar su especificidad. Tendrán que aprender a valerse de la intervención de los partidos políticos que respondan a sus intereses, no sólo para las grandes transformaciones y conquistas, sino incluso para hacer triunfar sus propias luchas sectoriales e inmediatas, frecuentemente sometidas al aislamiento y a la derrota, por la incapacidad de convertirlas en problemas políticos nacionales.

Los partidos políticos que se reclaman defensores de las mayorías, tendrán por su parte que aprender —algo se ha avanzado en esta dirección— que tienen que comprometerse con la despartidización de las organizaciones de masas, lo que no implica su despolitización; que hay que respetar la autonomía de las organizaciones y su dinámica; que no se puede imponer un curso de acción que no sea decidido democráticamente; que la participación de los militantes políticos en las organizaciones de masas es fundamental, pero que no se puede ir a ellas como si se tuviera el monopolio de la verdad; que es mucho lo que la creatividad y experiencia de las masas enseña a los militantes y partidos políticos, así como éstos tienen el deber de plantear sus puntos de vista, de poner su experiencia al servicio de las organizaciones sociales, de ayudar a que germine en los miembros de éstas la visión global del problema que tienen entre manos, que trasciende lo local.

Las organizaciones sociales requieren desarrollar y ayudar al vínculo con los partidos políticos que le sean afines en sus objetivos. Ello implica defender su autonomía como movimiento, pero también

saber entender los vasos comunicantes que hay entre su acción cotidiana y los problemas políticos generales; y ayudar a la articulación entre la acción, la organización y la movilización en la base con aquella que hay que realizar en la escena política, asumiendo no sólo los proyectos locales, sino sabiendo abanderarse también de las propuestas políticas nacionales que redunden en mayor espacio para el desarrollo del movimiento popular. En esta dirección se ha avanzado bastante. Las organizaciones sociales deben servirse de los partidos políticos que se ganan para ello como mecanismos de defensa de sus intereses. Esto implica, por supuesto, que tal vocación de defensores de los intereses mayoritarios se desarrolle en los partidos políticos; pero para ello no sólo hay que contar con la iniciativa que se dé en los propios partidos; los militantes de las organizaciones sociales tienen un papel fundamental que cumplir para que estas transformaciones se operen, presionando, discutiendo y comprometiéndose a los militantes políticos en esta nueva dinámica político-social.

Se trata a fin de cuentas, de trabajar muy cerca de los problemas inmediatos; pero a la vez de enlazar cada iniciativa, cada lucha, con la dimensión nacional de los problemas. Es potenciar lo local por su inserción en una visión de conjunto que permita no la atomización sino el encuentro de todos los esfuerzos que desde los movimientos sociales y los partidos políticos se vienen haciendo.

La dinámica de los movimientos sociales, en particular de los vecinales, no está exenta de riesgos. Uno de ellos, al decir de Marco Negrón (3), es un cierto egoísmo parroquial: se olvida con frecuencia la relación de un punto de la ciudad con su totalidad. Esta desviación es propiciada y potenciada por la ignorancia y la demagogia de las autoridades municipales que le dan prioridad a los objetivos clientelares por encima de una estrategia urbanística de conjunto.

Otro riesgo es que se preste más atención a las demandas de los sectores con mayor capacidad de hacerse oír en los medios de comunicación, aunque sus problemas sean menos importantes que los de aquellos que enfrentan problemas de mayor envergadura; pero con menos posibilidades de acceso a los medios de información.

Todo ello apunta a que dichos movimientos evolucionen de movimientos vecinales a movimientos ciudadanos; capaces de encuadrar sus necesidades locales en el contexto más amplio y más com-

plejo —e ineludible— del sistema urbano como totalidad.

## ORGANIZACIÓN URBANA

Retornemos lo hasta aquí planteado. Los efectos de la acción de los movimientos sociales sobre la organización físico-espacial y el medio ambiente construido, no se reducen a los movimientos que toman como centro problemas urbanos específicos (vivienda, zonificación, etc.). De igual manera otros movimientos reivindicativos tienen efecto sobre la producción o destrucción del medio ambiente construido: la conquista de comedores industriales o centros de salud mediante la lucha sindical, las transformaciones que se operan en las formas de producción y de consumo del hábitat urbano como efecto de la aplicación de las políticas económicas de ajuste, la reacción defensiva de los sectores dominantes frente a la protesta popular que puede llevar al desalojo y a la deportación de sectores populares, etc.

La articulación de movimientos sociales y partidos políticos puede abrir una potencialidad que no se manifiesta cuando persiste el divorcio entre ambos ámbitos de actuación político-social.

Hay un conjunto de fundamentos estructurales que están en la base de los movimientos ciudadanos, tanto de los sectores más pobres como de los sectores medios. Es necesario tenerlos presente. Los elementos coyunturales —aun aquellos que puedan tener una cierta permanencia durante todo un largo período—, son más bien catalizadores y moldeadores de los factores estructurales que estaban ya inscritos antes de su aparición. El carácter explosivo puede ser pasajero, pero la permanencia del fenómeno hace que sus efectos no sean momen-

táneos.

La política del ajuste económico, en la medida que ella se prolongue más allá del corto plazo, tiene efectos variados e importantísimos en la organización social y espacial: Impacto en los servicios colectivos, tanto en su producción como en su acceso; impacto en las formas de producción y de mercado de las viviendas; incidencia de la política económica en la producción de formas de subsistencia que transforman la localización de las actividades y de la población en el país (migraciones). La lista puede extenderse al analizar el impacto global de tales políticas sobre las condiciones de producción y reproducción de la sociedad.

Los efectos estarán mediados por las reacciones defensivas de los distintos sectores sociales, de lo cual ya estamos teniendo pruebas. Estas reacciones también tienen efectos en uno u otro sentido, según su desenlace.

En esta época, en la que hemos entrado en una zona de turbulencia, se ponen sobre el tapete múltiples aristas de una realidad durante mucho tiempo analizada con un lente que sólo dejaba ver las líneas gruesas y no los detalles. Ahora se agigantan y muestran cuál cúmulo de contradicciones y de problemas irresueltos que teníamos en barbecho.

## NOTAS:

- (1) Véase, por ejemplo: Emilio Pradilla Cobos, *Capital, Estado y Vivienda en América Latina*, Fontemara, México, 1987.
- (2) Margarita López Maya et. al., *De Punto Fijo al Pacto Social (Desarrollo y Hegemonía en Venezuela) (1958-1985)*, Fondo Editorial Acta Científica, Caracas, 1989.
- (3) Marco Negrón, *¿Vecinos o Ciudadanos?*, IN: Urbana, N° 9, IU, FAU, UCV, Caracas, 1986.

Usted puede convertir su videocassette del sistema americano al europeo o viceversa

Teléfonos: 22.72.54 y 22.42.46

## AUDIO-VIDEO-MISION

